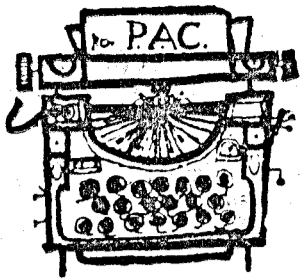


escrito a máquina

Un nicaragüense llamado Rubén Darío



En ese espacio de ardoroso nacionalismo —entre la ODA A ROOSEVELT y el excitante gesto de Sandino— surgió nuestra generación literaria. Toda nuestra obra, llena de polvo de la tierra como el rostro de un campesino, lo atestigua. Sin embargo, nuestro “nacionalismo” no fue cerrazón provinciana, ni acomplejada sobre-valoración de lo propio. Nunca supusimos que pudiera llamarse nacionalismo esa in-humana albañilería berlinesa de emparedar con odios las tenues fronteras que necesita una Patria. Entendimos su dignidad, amamos su pequeñez, pero nos instalamos en ella con las puertas abiertas a lo universal porque no se nos había dado por patria una caverna para gruñir a los extranjeros, sino un lugar mediterráneo para adueñarnos del mundo —no por el Poder— sino por el sueño, por la aventura y por la ironía.

—Ahora sabemos que quien nos enseñó ese nacionalismo abierto (donde cabe la cólera mas no el resentimiento) fue el maestro Rubén. Y se lo pagamos, porque fuimos los primeros en defender la nacionalidad o nicaraguanidad de su obra cuando el nacionalismo desaforado, el nacionalismo de caverna y no de lontananza, comenzó a acusarle de escapista y de extranjero.

Esta acusación parecía haber pasado y cesado en nuestra generación, pero ahora retorna porque también se ha agudizado, con explosivas mezclas políticas, un sentimiento rencoroso de la nacionalidad, un nacionalismo que invita e incita al hombre a dejar de ser hombre apenas sale de la jaula de sus fronteras y a convertirse en devorador de forasteros.

Con frecuencia, sobre todo entre los jóvenes, volvemos a escuchar la excomunión de Rubén, porque “Rubén no cantó a Nicaragua”.

Yo preguntó: ¿Qué se entiende por Nicaragua o qué obligación se tiene con Nicaragua desde la poesía de un nicaragüense?

Si se busca una poesía de temas nicaragüenses, una poesía como la que yo he hecho —no por obligación, sino como dice el pueblo, “por nación”, porque me nació— o como la que ha escrito José Coronel, o Fernando Silva o Ernesto Cardenal: encontraremos proporcionalmente muy poca, o poquísima poesía de esa clase en Rubén.

Pero es que José Coronel, o Silva o Cardenal o yo fuimos nicaragüenses a nuestra manera porque Rubén lo fue a la suya. Nosotros nunca hubiéramos llegado a Nicaragua, si Rubén no se va antes y al irse nos enseña a regresar. En otras palabras: el tema no es lo que hace nicaragüense al poeta. El poeta lleva la Patria —como lleva su rostro— a donde va. Hoy decimos, hasta en las placas de los taxis: “Nicaragua, Patria de Darío”; hoy resulta que Darío es un tema de Nicaragua. Como el Momotombo, como San Jacinto, como el Gran Lago —como un gran puerto, dije en vez pasada— (como un Nueva York de nuestra cultura), como un paisaje, como un departamento, como una comarca, como un Ministerio de paz, de dulces y disciplinados ejércitos gramaticales.

Pero, en lo literario, fue Rubén quien dotó a la literatura nicaragüense de instrumentos para expresarse —nos enseñó a ser nicaragüenses poéticamente hablando— nos dio palabras para serlo y expresarlo, nos abrió caminos y ritmos y libertades sin los cuales inútilmente hubiéramos abordado los temas nicaragüenses.

Pero, en su poesía —insiste el “nacionalismo”— ¿dónde está lo nicaragüense de Rubén?— Yo encontraría más fácil preguntar ¿dónde no está? Porque aparte de ciertos poemas en que deliberadamente se extranjeriza y se apodera de otras culturas y de otras edades —que son sus expediciones de conquistador—, en todos sus otros poemas europeos, o hispanos, o americanos, Rubén es absolutamente nicaragüense, no porque lleve en el ojal los colores nacionales, sino porque le arranca y le crece el poema de raíces muy firmes que el poeta no oculta sino que cultiva y nutre con amoroso orgullo patrio.

Rubén Darío siempre se refiere y siempre habla a América y a España como nicaragüense. Es un nicaragüense que, empujado por la tradición y destino de este país mediterráneo, se preocupa no sólo por su pequeña patria sino por todo aquello que por ser profundamente nuestro es también trascendental y abarca a todo el Continente hispano.

...¿Cómo no va a ser nicaragüense, profundamente nicaragüense, por ejemplo su ODA A ROOSEVELT o su inquietud por el destino de hispanoamérica cuando pregunta a los cisnes:

“Tántos millones de hombres hablaremos inglés?”

No son precisamente Argentina o Chile o España las que suscitaron esa angustiosa pregunta, sino su Patria pequeña, intervenida y amenazada. Pero él, por la índole universalista de su nacionalismo, trasciende el sentimiento patrio —que es un modo muy hermoso y elegante de afirmarlo— y ensancha el tema abarcando el coro de patrias unidas por la hermanad de la lengua.

Y este saber saltar lo nacional en afirmación de lo nacional, este proveer de horizonte ecuménico a lo provinciano, esta cualidad de nunca encerrarse en la caverna, sino de abrirse a la lontananza, esta cualidad mediterránea, es la cualidad sustantiva del verdadero ciudadano nicaragüense.

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

Porque, repito, se puede cantar la tierra como tema. Pero no limitemos las fronteras del canto a las líneas del mapa. Nuestra grandeza va más allá de la geografía en alas de nuestros héroes culturales. La Patria no sólo es la tierra sino también una herencia de civilización y de cultura, una herencia de espiritualidad.

Cada vez que Rubén afirma esa herencia, cada vez que la enriquece, está haciendo patria y está haciendo literatura nicaragüense.

PABLO ANTONIO CUADRA.